

LAS HEROINAS

DE LA REVOLUCION FRANCESA

POR

JOSÉ BERNARDO SUÁREZ.

(1793)

Con motivo del aniversario de la Revolución francesa dice el autor: "creemos oportuno dar á conocer algunos rasgos biográficos de las mujeres que, en esa Revolución, dejaron atónito al mundo con su incomparable heroísmo. Esos rasgos los estractamos de un opúsculo que, con el título de *Mujeres célebres de Europa y América*, publicamos en 1871, y que como nos ha sucedido contodas nuestras publicaciones, ha sido para nosotros un verdadero chasco, pues no hemos vendido de él más de veinte ejemplares."

Hélos aquí:

MADAMA ROLLAND.

María Juana Plhipon, señora de Rolland, es una de las mujeres más admirables que sin duda han producido los tiempos modernos, y á la que con dificultad podrían los al-

glos antiguos oponer una rival, fue una da esas almas en quienes parece se complace la naturaleza en prodigar sus dones; sobresaliente en los asuntos de importancia no menos que en las pequeñeces, agraciada cuanto valerosa, amable cuanto sensata, jovialmente blanda cuanto capaz de un sacrificio heróico.

Esta célebre mujer nació en París en 1756; era hija de un grabador, y su madre reunía á una figura hermosa, una alma celestial. Vivía sin ser atolondrada, y naturalmente discreta, ya en su niñez todo su afán consistía en *estar ocupada*, y se apropiaba con prontitud las ideas que se le presentaban. Supo sacar tanto provecho de esta disposición, que no acordaba que jamás hubiese aprendido á leer. A los cuatro años ya estaba, puede decirse, completa su educación, porque de entonces no hubo más que cuidar de que no le faltasen libros; cualesquiera que fuesen los que le daban ó caían en sus manos, absorbían todas sus facultades, sin que hubiese miedo alguno de distraerla. En materia de libros, con todos se avenía. Leyó la Biblia,la novela cómica y las Memorias de la señorita de Montpensier; llegando á estar de tal modo apasionada por la lectura, que hasta leyó un tratado de blasón. Más tarde leyó á Plutarco, el Tasso, el Telémaco, la Historia natural de Buffón y mil otras obras. Con tal aplicación, la joven María, á la edad de 15 años, era ya una persona muy instruida.

En 1780 se desposó con Juan María Rolland, inspector general de comercio, á quien luego hizo ocupar un puesto más elevado; fue la redactora principal del *Correo de Lyon*, fundado por su marido al principio de la Revolución; le siguió á París, donde éste fue nombrado ministro del interior, se unió á sus amigos los jirondinos, y por su viveza, su talento y su entusiasmo, llegó á ser el alma de sus consejos: dirigió el ministerio del interior, bajo el nombre de su marido; pero como era más aborrecido aun que el de la Montaña, fue presa después del 31 de mayo; ya había comparecido otra vez ante la Convención, y se había justificado brillantemente de la acusación de inteligencia secreta con Inglaterra, pero entonces no le fue posible librarse del suplicio.

Habiendo comparecido ante el tribunal y leídole el fiscal la sentencia de muerte, madama Rolland dirigió al primero estas palabras. "Me juzgais digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habéis asesinado; yo procuraré tener en el patíbulo el valor que ellos tuvieron."

Conducida al suplicio, la multitud que se hallaba en el tránsito, movida á lástima y llena de admiración, guardaba profundo silencio, tan sólo interrumpido por los clamores de los furibundos: "*¡A la guillotina! á la guillotina!*" Madama Rolland respondió con una dulzura mezclada de dignidad:

"Allá voy, al instante estaré en ella; pero los que allá me envían no tardarán en seguirme. Yo voy al patíbulo inocente y ellos irán criminales; y vosotros que hoy aplaudís, también aplaudiréis...."

Al llegar á la plaza de la Revolución, donde pocos meses antes había rodado la cabeza de Carlota Corday, inclinóse ante la estatua de la Libertad, y profirió estas palabras memorables: "*¡O Libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*"

Madama Rolland murió, pues, á la edad de 39 años, el 10 de noviembre de 1793. Muchas veces había dicho que su marido no le sobreviviría; y en efecto, no bien supo Rolland la muerte de su esposa, cuando sobrecogido de desesperación, se quitó la vida á inmediaciones del pueblo de Ruan, donde se había refugiado.

MADAMA DE STANVILLE.

Madama de Stanville es otra de las valerosas mujeres que fueron sacrificadas en aras de la Revolución francesa. Era hermosa y amable, de la familia de Choiseul, y nació en París en 1767, casándose muy joven con el príncipe de Grimaldi Mónaco.

Cuando la supresión de los señoríos en 1791, éste perdió

sus privilegios y estados; y habiéndose descubierto intrigas contrarevolucionarias y revoluciones con los emigrados y las potencias que los sostenían, fue detenido en 1793.

Extendióse la proscripción á su joven esposa, que también pertenecía á una familia noble y adicta á los mismos principios. Logró evadirse, salió de París; durante algún tiempo pudo sustraerse á las pesquizas, ocultándose en las casas de campo hasta que fue descubierta, juzgada por el tribunal revolucionario y condenada la víspera de la caída de Rovespierre.

Aconsejábanle que se declarase en cinta, que era el único medio de retardar su suplicio; pero hacía ya más de un año que estaba separada de su marido, y se negó la noble esposa á declarar, aunque fuese en falso, que había faltado á la fe conyugal, prefiriendo morir, si bien aquel paso la hubiera salvado.

Cuéntase que cuando estaba para ir al patíbulo, pidió colorete, diciendo: "Si hace la naturaleza que yo tenga un momento de debilidad, bueno es valerse del arte para disimularla." Rompió en seguida un cristal para cortarse sus hermosos cabellos rubios y los mandó á sus hijos. Repartió á los indigentes todo el dinero que le quedaba. La modestia y el valor que conservó cuando iba á morir acabaron de hacer la rival de las antiguas mártires de la fe que, siguiendo su ejemplo, no había querido quebrantar.

MARÍA ANTONIETA.

María Antonieta de Austria, hija de la emperatriz María Teresa, nació en 1755; casó en 1770 con Luis XVI, entonces duque de Berry. Las fiestas de este matrimonio fueron turbadas con grandes calamidades.

Apenas subió al trono esta princesa, á la cual no se podía censurar más que una conducta ligera y demasiado orgullo, fue el blanco de toda clase de ataques, y al estallar la Revo-

lución llegó á ser el objeto de violentas prevenciones á causa de su intimidad con los enemigos de las nuevas instituciones. Con este motivo se difundieron mil pérfidas insinuaciones, con que fácilmente se exaltó el espíritu público, y luego se formó un partido contra ella; mas lo que la perdió fue su predilección por los intereses la corte de Austria.

Creyóse generalmente que remesaba sumas inmensas á su hermano José para ayudarle á sostener la guerra contra los turcos. Todos estaban más que convencidos de la antipatía que ella tenía al nuevo orden de cosas, y de que trabajaba para disuadir al rey de la más leve concesión que estuviera dispuesto á hacer. Todo lo sacrificaba para satisfacer á los periodistas y diputados de más influencia, como sucedió con Mirabeau. Cuando este temible orador tuvo la entrevista con el rey, y éste se manifestaba dispuesto á aceptar la constitución con las modificaciones que aquel había indicado, la reina le tomó el proyecto de las manos, lo tiró al suelo y dijo: "Este plan no me conviene, caballero. *O todo ó nada.*"

También se corría la voz que en el banquete que tuvieron los guardias de corps en Versalles, habíalos ella inducido á pisotear la escarapela tricolor y á prestar sobre su espada juramento de fidelidad inviolable á la escarapela blanca. Acusábanla de que ansiaba la llegada de las potencias aliadas al territorio francés. Corría una lista escrita de su puño, de los emigrados protejidos suyos que recomendaba á su hermana Cristina. Finalmente, el *comité* de vigilancia descubrió documentos que la hacían *convicta de distribuciones corruptoras.*

De esta manera María Antonieta contribuyó á las desgracia de su esposo y las suyas propias, pero quiso participar de ellas, viéndose como él insultada y amenazada en las jornadas del cinco y seis de octubre; conducida á París con él, después de la prisión de Varennes, fue encerrada en el Temple y después en la consejería; y por último, condenada á muerte á causa de las imputaciones más infames y calumniosas, subió al cadalzo revolucionario el 16 de octubre de 1793, á la edad de 38 años.

María Antonieta sufrió sus desgracias y el suplicio con

heróica resignación. Entre los escritos publicados acerca de esta célebre reina, citaremos: "Historia completa del cautiverio de Luis XVI y de la familia real"; "Reflexiones sobre el proceso de la reina por madama de Stael," y "Memorias sobre María Antonieta por madama Campan."

CARLOTA CORDAY.

Corlota Corday se estrelló, lo mismo que Theéroigne de Mericourt, en el arrecife revolucionario; con la diferencia de que la primera navegó pura, noble y sublime, con la convicción de naufragar, y no llevar más objeto que salvar á los que seguían el mismo rumbo; mientras que la segunda se arrojó ciega, turbulenta y sin más mira que la de saciar sus pasiones desordenadas.

María Ana Carlota de Corday y d'Armont y no de Armans, como escribe Thiers y todos los demás, nació en Ligneries (distrito de Argenta, departamento de l'Orne) el 27 de julio de 1768, de la famila noble de los Corday d'Armont.

Habiendo perdido Carlota á su madre á la edad de doce años, resolvió su padre colocarla en el convento de religiosas de Caen, donde manisfestó al principio fervorosa devoción y aprendió á escribir, bordar y dibujar, adquiriendo mucha habilidad en este último arte, en el que se perfeccionó después.

Mas, habiendo estallado la Revolución, y abolidas todas las órdenes religiosas, Carlota, indignada por los crímenes de sus promotores, fue á París en 1793, con el atrevido proyecto de asesinar á Marat, el más sanguinario de todos. Se presentó en su casa bajo pretexto de tener que hacerle importantes revelaciones, y le dió de puñaladas en el baño en que á la sazón se encontraba.

En el acto fue tomada y conducida á la prisión, desde la cual escribió á su padre la siguiente carta:

"Querido padre, le pido á usted perdón por haber dispuesto de mi existencia sin su consentimiento. Muchas son las víctimas que he vengado, muchas las desgracias que he evitado. Día vendrá en que el pueblo despreocupado se alegrará de verse libre de su tirano. Si traté de hacerle á usted creer que me iba á Inglaterra, fue porque contaba no ser conocida; pero ví que esto era imposible. Espero que no se abandonará usted al pesar: sírvale á usted de consuelo que no le faltarán defensores en Caen. Adiós, querido padre mío; ruégole á usted que se olvide de mí, ó más bien que se alegre de mi suerte. Ya conoce usted que su hija no hubiera dejado llevarse de un motivo reprensible. Un abrazo á mi hermana, á quien amo de todo corazón, así como á todos los parientes.

"No olvide usted este verso de Corneille:

Sólo el crimen afrenta, no el cadalso.

Carlota Corday."

Llevada ante el tribunal que debía juzgarla, tuvo lugar el siguiente interrogatorio, del cual sólo extractamos las preguntas y respuestas que siguen:

Juez. ¿Es verdad que usted se introdujo en casa del ciudadano Marat, en ocasión que éste se hallaba en el baño, y que usted le asesinó con el cuchillo que le presentamos?

Carlota. Sí, conozco el cuchillo.

Juez. ¿Qué motivo ha inducido á usted á cometer este asesinato?

Carlota. Habiendo visto que la guerra civil iba á extenderse á toda la Francia, y persuadida de que Marat era el principal autor de las desgracias, he querido hacer el sacrificio de mi vida para salvar á mi patria.

Juez. No nos parece probable que usted haya concebido este plan excecrable de su espontánea voluntad. Designe usted las personas que la han inducido á ello y las que usted visita con más frecuencia en la ciudad de Caen.

Carlota. No he comunicado mi plan á viviente alguno.

Ya hace algún tiempo que tenía el pasaporte con que vine á París.

Juez. ¿Dónde se ha procurado u ted el cuchillo para cometer el homicidio? ¿Con qué personas se ha visto usted desde que se halla en París? ¿En qué se ha ocupado usted desde el jueves que usted llegó?

Carlota. El cuchillo lo he comprado esta mañana á las ocho en el Palacio Real. No conozco á persona alguna en París, donde jamás había estado, etc., etc.

Concluídos los trámites del proceso, Carlota fue condenada á muerte y en seguida conducida al patíbulo, donde se portó con admirable entereza. Cuando el verdugo le ató los brazos y cortó los cabellos, conservó su fortaleza y majestad llena de gracia, diciendo tan sólo: "Por cierto, estoy poco acostumbrada á esta clase de peinado." En su rostro encantador brillaba una serenidad celestial; sólo se ruborizó á la vista del cadalso, al que subió, sin embargo, con toda la velocidad que le permitió el tener las manos atadas por detrás. Dejóse caer sin repugnancia sobre la tabla. Reinaba un profundo silencio en medio del inmenso concurso....y el hacha terrible se descolgó!....

Este acontecimiento tuvo lugar el 17 de julio de 1793, cuando la noble mártir sólo contaba 25 años de edad. Su martirio tuvo muchos imitadores.

LUCILA DESMOULINS.

Lucila, hija de un antiguo y rico empleado en rentas, nació en París en 1771. Bien educada por sus padres, á los doce años sabía perfectamente la música y muchos ramos de humanidades. En 1790, á la edad de 19, casó con Camilo Desmoulins, joven abogado que ejercía su profesión en París cuando estalló la Revolución francesa.

Sin vacilar adoptó este principio y fue uno de los principales del club de los *Franciscanos.* Redactó con extaor-

dinario vigor un periódico titulado *Revolución de Francia y de Brabante*, y fue nombrado diputado á la Convención nacional. Unido á Danton, votó en su compañía todas las medidas violentas que se tomaron en aquella época; pero trató de evitar la efusión de sangre tan luego que él creyó no era ya necesaria. Con este objeto publicó el nuevo periódico titulado *El Antiguo Franciscano*, desde cuyo momento Robespierre, entonces omnipotente, resolvió su pérdida, no obstante la estrecha amistad que existía entre aquel y su esposa Lucila; fue con Danton juzgado y condenado sin haber sido oído, y subió al cadalso el 5 de abril de 1794.

Su esposa Lucila, que apenas contaba 23 años de edad, perdió la cabeza en el mismo suplicio dos días después, acusada de haber querido salvar á su marido cuando estaba en la prisión.

Hé aquí la conducta que esta heróica mujer observó en sus últimos momentos. Cuando le leyeron la sentencia de muerte, exclamó: "¡Con que dentro de pocos instantes tendré la dicha de ver á mi querido Camilo! Al salir de esta tierra donde ya no está lo que me daba apego á la vida, me considero más feliz que vosotros, le dijo á los jueces: porque vosotros, viviendo, padecereis todos los tormentos del remordimiento que el crimen trae consigo, hasta que una muerte infame os arranque la existencia...."

Vuelta á la cárcel, despidióse de su madre y le escribió las siguientes palabras: "Buenas noches, mi querida mamá; mis ojos derraman una lágrima, es para tí. Voy á morir con la calma de la inocencia."

El día que debía ser ejecutada arregló sus vestidos con sumo cuidado, particularmente el tocado, que era de singular gusto y elegancia. Al llegar al suplicio conservó la misma tranquilidad, subió á él por sí sola y recibió el golpe mortal sin que al parecer le causase la menor emoción.

Tal fue el fin trágico de Lucila Desmoulins, célebre por su virtud, sus talentos y su hermosura.

CECILIA RENAUD Y OTRAS HEROINAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Cecilia Renaud fue hija de un mercader de papel, y nació en París en 1773. Apenas cumplió los veinte años cuando estaba en su incremento la Revolución francesa; exaltada su imaginación por los innumerables asesinatos jurídicos que entonces se cometían y por la sangre de tantos inocentes que veía correr á torrentes, se presentó en casa de Maximiliano Robespierre, que se decía autor de tantas desgracias, el 23 de mayo de 1794, y solicitó verle; le respondieron que había salido: "es, dijo, un funcionario público y en calidad de tal debe satisfacer á todos cuantos se le presenten. Cuando teníamos un rey entrábamos en su cámara sin detenernos. Yo vertería toda mi sangre porque tuviésemos todavía uno." Estas palabras y el tono con que las pronunció, la hicieron sospechosa: la llevaron ante una comisión donde sufrió el primer interrogatorio.

—¿Conoces tú á Robespierre? le preguntaron.

—Nó, respondió Cecilia.

—¿Qué le querías, pues?

—Eso no os importa.

—¿Has dicho que deseabais un rey?

—Sí, porque vosotros sois 500 tiranos, y yo iba precisamente á casa de Robespierre para ver cómo es un tirano.

—¿Por qué llevas contigo ese envoltorio? (tenía debajo del brazo un poco de ropa dentro de un pañuelo.)

—Esperando ir á donde vais á conducirme, he procurado recoger alguna ropa blanca para mudarme.

—Y ¿adónde crees que vamos á conducirte?

—A la prisión, y en seguida á la guillotina.

La desgraciada lo había adivinado; la registraron y hallaron en sus bolsillos dos cuchillos pequeños que de nin-

gún modo hubieran podido servir para el atentado que le suponían.

Conducida á una prisión el 17 de junio del año citado fue acusada por el tribunal revolucionario de haber querido asesinar á Robespierre. Excusado es decir que la condenaron á muerte, subiendo al suplicio con mucha serenidad. Su padre, anciano de 62 años, pereció con ella, acusado de cómplice; igual suerte cupo á sus parientes y amigos, y á más de 60 personas á quienes conocía, entre las cuales había diez mujeres, que fueron las que mostraron valor.

Entre estas célebres heroínas debemos citar las vírgenes de Verdun, que eligió la municipalidad de esta ciudad á causa de la hermosura, para ir á presentar dulces y ramilletes y aplacar á los vencedores, cuando capituló dicha plaza en presencia del ejército prusiano, no bien se presentó. Estas modestas émulas de Tecla, de Ursula y de Agata prefirieron morir más bien que negar *una bella acción*, cual era, á su juicio, la imputación que se les hacía de haber dado oro á los emigrados. Dícese que fueron al patíbulo con los mismos adornos con que se presentaron al baile que dieron los generales emigrados, y que en el tránsito entonaron con voz virginal himnos y cánticos religiosos. Eran en número de 14 y las más conocidas se llamaban Enriqueta, Elena y Agata Watrin; Bárbara Henri y Sofia Tabouillet. Sólo las tres primeras fueron condenadas á muerte, y las demás á prisión y á la argolla, por no tener catorce años cumplidos.

En 1794 diez y seis religiosas carmelitas de Compiegne fueron acusadas de haber escondido armas en su convento; de haber expuesto al Santísimo Sacramento debajo de un manto real, en prueba de la adhesión que tenían á la familia caída, y de haber mantenido relaciones con los emigrados y enviádoles dinero. Muchas de ellas eran jóvenes y hermosas, y mientras iban á morir entonaron el *Veni creator* y el *Te Deum laudamus.* Porfiaron á quien recibiría más pronto la corona del martirio y subiría al cielo antes que las otras, pues el cadalso era para ellas el camino que debía conducirlas al goce de los bienes eternos. La superiora quiso morir la última para sostener hasta el fin con

su presencia el valor y la constancia de las hermanas jóvenes.

La Revolución de Francia, que por parte de los hombres produjo tanta debilidad, crueldad, traición y cobardía, no inspiró en el otro sexo, ¡quién lo creyera! más que virtudes hospitalarias y consoladoras, valor, desprecio de la muerte y heróica resolución! No creemos que puedan citarse otros anales que hayan trasmitido ejemplos más admirables.

El el 20 junio, una turba de furibundos había invadido el palacio de las Tullerías y pedía á gritos á la reina: Isabel de Francia presenta su pecho á los puñales, diciendo: "¡aquí estoy!" En el momento de la ejecución nada la preocupaba tanto como la descompostura de su pañoleta: "Cubridme, os lo pido en nombre del pudor," le dijo al verdugo! No eran raras en esta familia las palabras sublimes. María Antonieta cuando la acusaban en pleno tribunal de un crimen infame con su propio hijo, dió esta respuesta memorable: "A las madres apelo." Ambas princesas murieron con admirable magnanimidad.

Madama Cladiere, esposa del ministro de hacienda, al saber que su marido, que estaba preso, se había suicidado en la cárcel arregló sus negocios con rara tranquilidad de alma, é inmolóse para ir á juntarse con él en otro mundo mejor.

Madama Lavergue (Victoria Regnier) de edad de veintiocho años, defendió á su esposo, el comandante Lonway, ante el tribunal revolucionario; y cuando vió que eran inútiles sus esfuerzos, dió el grito fatal de "¡viva el rey!" y logró ser con él condenada. Como éste estaba moribundo, nada había observado, y en el tránsito oyó que le llamaba esta mujer celestial y abrió los ojos: "No te sobresaltes, le dijo con voz angelical, soy tu amiga que no podría vivir sin tí, y te sigo á la eternidad...."

Madama Lavalette al saber que su marido estaba condenado á muerte, implora la gracia de morir con él; sáltale al cuello, estréchalo en sus brazos, pero se lo arrancan, y á poco la desesperación dió término á una vida que el verdugo había desechado.

Madama Lefort obtuvo el permiso de entrar en la cárcel

para dar el último adiós á su esposo, y antes se puso dos vestidos de mujer; vístese uno el marido y escapa con este disfraz. Al día siguiente, el juez no encuentra más que á la heróica esposa y exclama: "¿Qué has hecho, infeliz?"—"Mi deber, haz tú el tuyo!"—Y lleváronla al suplicio, donde fue guillotinada.

La esposa del duque de Mouchy, no bien vió que éste estaba preso, cuando se fué con él á Luxemburgo. Manifiéstanle que en el decreto de prisión no se hace mención de ella. —"Ya que mi marido está preso, también lo estoy yo," contesta. Condénanle á muerte y ella se arroja al carro con él. El verdugo le dice que ella no está condenada.—"Ya que mi marido lo está, también lo estoy yo." Acceden á sus deseos y perecen los dos juntamente.

Recibe el tribunal una carta de una mujer que desea la vuelta del rey. Mándala comparecer, y era una joven hermosísima. Cuando hubo subido al cadalso exclamó: "Aquí mismo y en esta misma hora fue él guillotinado: estoy viendo su sangre; ven, verdugo mezcla con ella la de su esposa....!"

La señorita de Maille se hallaba presa en la cárcel de Sevres, y cuando fueron á llamar á la duquesa de Maille, su cuñada, presentose ésta en su lugar, y fue á morir al cadalso por aquella.

Las señoritas Cazotte y Sombreuil, estos ángeles de las cárce, les lograron salvar la vida de sus padres. Vese á la primera pálida, descabellada, más bella aún con su aflicción y su llanto, cuál se arroja delante de las picas y los sables dirigidos contra el pecho y sobre las canas del venerable autor de sus días. Cae de rodillas, pide gracia, junta las manos, besa las de los carniceros y consigue aplacarlos. La señorita Sombreuil no pudo lograr esta dicha sino con la condición, según se dijo, de beber un vaso de sangre, de cuyos resultados le quedó un movimiento convulsivo: encontrola madama de Rosambeau en circunstancias que ésta acompañaba al virtuoso Malesherbes, su padre, al patíbulo, y le dijo: "Usted ha tenido la gloria de salvar á su padre, yo tengo el consuelo de morir con el mío."

Madama de Boisrauger estaba presa juntamente con su

padre, su madre y su hermanita, y un día llama el verdugo á los tres sin ella. "¡Cómo! ¿no moriremos juntos?" exclama desesperada, y suelta abundante llanto. Llega en aquel instante otro mensaje para ella, y salta de alborozo, lanzándose á sus brazos. "¡Ah! ya moriremos juntos!" dijo señalando la sentencia que la comprendía. Toma á su cargo los funestos preparativos, corta los cabellos á su madre y á su hermana, sostiénelas con su ánimo y les ahorra una parte del horror que trae consigo el tránsito de la vida á la muerte.

Madama de Payssac ofreció un asilo á Rabault Saint-Etiene, que estaba fuera de la ley; y por más que éste le patentizó la gravedad del peligro que corría, insistió ella y logró vencer su repugnancia. Descubriose en su casa, y ella le siguió al suplicio con un valor digno de tan generosa hospitalidad.

¿Quién ignora el heroísmo de madama Bouquet, pariente de Guadet? Habiéndole éste pedido hospitalidad, contestole:— "¡Venga usted y no tenga ningún temor!—El caso es que tengo dos amigos....—Tráigalos usted también.—Y están con otros dos....—Vengan ustedes los cinco!" Como era en tiempo de carestía, y no daban á cada uno más que su porción de víveres, partía con ellos lo que recibía, y logró sostener su existencia cerca de un mes. Fue víctima de tan noble compasión, y con igual valor fue á morir en compañía de sus malhadados huéspedes.

Un venerable anciano, estenuado de necesidad, se presenta encasa de madama Ruvilli de Brest; es un sacerdote sin refugio, á quien amenaza la muerte, y de quien todos se apartan, siendo el blanco de mil denuncios. "Quedaos aquí, le dice ella.—¡Mas, si me descubren, está usted perdida!—Tengo esperanza de salvaros, quedaos, ¡yo os lo ruego!" No pudo ocultarle más que dos días, y fue inmolada por haber cedido al sentimiento de humanidad que se había refugiado en el corazón de las mujeres.

Podríamos prolongar mucho más la lista de los rasgos de heroísmo de las mujeres francesas en la revolución de

1793; pero no lo hacemos por no dar mayor extensión á este artículo. No nos ofrece la historia un ejemplo igual de abnegación, valor, caridad y patriotismo. Es admirable que esas mujeres, de incomparable hermosura muchas de ellas, albergasen dentro de sus pechos almas tan nobles y tan sublimes.

Santiago, julio de 1889.



MADRID.

(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET).

Madrid, princesa de las Españas,
En tus floridas, verdes campañas
Que el sol que mata sus resplandores
Envuelve en leves, nácares tules,
Brillan radiantes y encantadores
Ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
De los romances de amantes penas,
De las tapadas, los galanteos,
¡Cuántos piés blancos como jazmines
Huellan las flores de tus jardines,
Alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la liza tus picadores
Mil rebocillos provocadores,
Mil blancas manos que palmotean
Cuando tus toros, embravecidos,
La arena escarban, el lomo arquean,
Braman, embisten, y huyen heridos

Ven los luceros en tus callejas
Furtivas sombras junto á las rejas,
Ven embozados tus caballeros,
Ven que deprisa y enamoradas
La obscura calle cruzan tapadas
Damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
Calado alcázar que maravillas
Con tus palacios y tus jardines,
Las blancas blondas de las mantillas
Y el negro raso de los chapines.

Todas tus rubias y tus morenas,
Las que caminan de gracia llenas,
Cimbrando el talle, la cara ufana,
Juntas no valen lo que un cabello
De aquellas crenchas que sobre el cuello
Deja caídas mi sevillana.

Es una blanca, rubia española,
Joven y viuda que vive sola,
—Calle escondida, vetusta casa,
Portón ferrado, dueña que cela.—
Si el rey la ha visto y amor le abraza.
No fíe en el oro de su escarcela.

Llame y....aguarde si así lo quiere,
Llame cien veces, y desespere:
A todas horas silencio grave,
Calle desierta, puerta cerrada;
Pero si llego, mi enamorada
Quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
Porque es la blanca y rubia princesa
Que ha coronado mi fantasía,
Agil, flexible, siempre nerviosa,

Demonio y angel, avispa y rosa,
Donaire y fuego de Andalucía.

Cae en mis brazos y se extremece,
Beso sus ojos y desfallece;
Con soplo ardiente su pecho late,
Rompe violenta los dulces lazos
Y en las delicias de tal combate
Huye y se escapa de entre mis brazos.

¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
Su casco de oro, su estampa real....
Mis alabanzas para Sevilla....
Mis cumplimientos á su mantilla,
Y aquella dulce miel con vainilla
De aquella tarde de carnaval.

AGUSTÍN F. CUENCA.





